

Prefacio.

Las llamas de Nueva York

El sur de Manhattan fue pronto un horno de llamas carmesí, de las que no había ninguna escapatoria. Los coches, los ferrocarriles, *los ferries*, todos se habían detenido y ninguna otra luz más que la del incendio alumbraba el camino de los distraídos fugitivos en aquella oscura confusión [...] Una nube de polvo y humo negro avanzaba invadiendo las calles y enseguida se teñía de visos de llamas rojas.

H. G. Wells, *The War in the Air*, 1908.

Esta imagen, parte de una larga nota de advertencia acerca de la «Masacre de Nueva York», permaneció dormida durante casi un siglo sobre un estante trasero de la Biblioteca Pública de Nueva York. H. G. Wells, aquel Nostradamus socialista, la compuso en 1907. La edición estadounidense de su *War in the Air* [Guerra en el Aire] incluye una extraordinaria ilustración (¿y no es de la CNN?) de una tormenta de fuego que devora Wall Street, con la Iglesia de la Trinidad ardiendo lentamente al fondo. Wells proporcionaba también algunas reflexiones perspicaces y hostiles acerca de la mesiánica creencia de Nueva York de eximirse del lado malo de la historia.

Durante muchas generaciones, Nueva York había hecho caso omiso de la guerra, salvo como algo que sucedía muy lejos, que afectaba a los precios y que surtía a los periódicos de titulares y de fotos excitantes. Los neoyorquinos creían que la guerra en su propio país era algo imposible [...] Veían la guerra como veían la historia, a través de una bruma iridiscente, desodorizada, perfumada de hecho, con todas sus crueldades esenciales discretamente ocultadas. Aclamaban la bandera por costumbre y tradición,

despreciaban a otras naciones y siempre que había dificultades internacionales, se mostraban intensamente patrióticos, es decir, se oponían con fervor a cualquier político autóctono que no decía, no amenazaba con hacer y no hacía cosas duras e inflexibles al pueblo rival.¹

Cuando la política exterior dominada por los *trusts* y los monopolios enzarza a Estados Unidos en una guerra general entre potencias, los neoyorquinos, sin ser todavía conscientes de ningún peligro real, corren a abrazar las banderas, el confeti y una presidencia imperial.

Y entonces, de repente, en un mundo en su mayor parte ocupado pacíficamente en la armamentística y en el perfeccionamiento de explosivos, penetró la guerra. [...] El efecto inmediato en Nueva York [...] fue simplemente el de una intensificación de su habitual vehemencia. Grandes multitudes se juntaban [...] a escuchar y a aclamar discursos patrióticos y había una verdadera epidemia de pequeñas banderas e insignias [...] los hombres aguerridos lloraban al ver la bandera nacional [...] el tráfico de armas ligeras recibió un enorme estímulo [...] y se volvió peligroso no lucir una insignia de guerra. [...] Históricamente, uno de los hechos más impresionantes en torno a esta guerra, un hecho que además hace absoluta la separación entre los métodos de la guerra y de la democracia, fue el eficaz secretismo de Washington. [...] No se molestaron en confiar al público ni un solo detalle de sus preparativos. Ni siquiera se dignaron a hablar al Congreso. Sofocaron y reprimieron toda investigación. La guerra fue librada por el Presidente y el Secretario de Estado de un modo absolutamente autocrático.²

¹ H.G. Wells, *The War in the Air*, pp. 181-182.

² *Ibíd.*, pp 182-183 y 186.

" Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible: ya que, en inglés, *ragtime* alude al estilo musical de este nombre (caracterizado por una línea melódica sincopada y por un acompañamiento con acentos regulares, desarrollado en el marco de la música afroamericana en la última década del siglo XIX) pero, también, como calificativo, nos habla de indisciplina y de mala reputación. Por consiguiente, Mike Davis evoca una Nueva York a ritmo de *ragtime* (y, por lo tanto, jazzístico, negro...) y, al mismo tiempo, caótica y malfamada [N. del E.].